

do a su vez disputas académicas que también se encontraban un tanto olvidadas para el profano en la materia (me refiero a la disputa entre Descoqs y Fabro), pero cuyo valor intelectual permanece intacto. Concretamente estoy pensando en los capítulos VII y IX, que a mi parecer son junto con el capítulo V, en el cual se ve de la mejor manera eso que antes he mencionado como lo más personal de este escrito, lo mejor del mismo.

Como ponderación final, estimo que el libro permite hacerse una buena panorámica de Suárez, desde una perspectiva interpretativa que muestra sus presupuestos desde el comienzo, hecho que siempre ha de reconocerse; entrega también herramientas sumamente útiles al investigador de lengua castellana, el cual hace no demasiado tiempo tenía que dirigirse a libros en otras lenguas para encontrarlas y que permite al lector acercarse a una serie de puntos conflictivos en el Eximio y disputas que se han generado a partir de él. Pero también hay que indicar que el libro no reemplaza, ni creo que su intención sea reemplazar, la lectura de las *Disputaciones Metafísicas*. Juzgarlo como un buen punto de partida, para todo aquel que quiera entrar en esa catedral que son las *Disputaciones Metafísicas*, es lo que creo conveniente.

Nicolás SILVA SEPÚLVEDA

ARGULLOL, R.: *Pasión que quiso ser hombre*. Barcelona, El Acantilado, 2014, 88 pp.

Cristo, o del dios que jugó a ser hombre

Hastiado de su perfección, solitaria y anodina, la divinidad decidió sentir la vida, hacerse hombre y permitir ser atravesado por el tiempo y sus vaivenes. De esta monstruosidad, como cataloga Argullol semejante autodeterminación, versa este breve escrito.

Compuesto de cuatro hilvanados capítulos que no llegan a sumar entre sí las sesenta páginas, su lectura es tan exquisita y amena como preñada de profundidad. De humana profundidad. La pluma de Argullol ofrece en este caso una interlocución directa, desnuda y sin intermediarios de dogma con la figura del Cristo. No es una arqueología sobre su existencia, kerigma, fábula o divinización. De hecho, es más bien todo lo contrario, dando a entender que nada hay más profano que los teólogos, los “profesionales” del terreno sagrado. Su interés es propio, es decir, el de un humano, transitorio y finito, que se sitúa frente a la figura del que dicen fue “hijo de dios”, “hijo del hombre”, para interpelarlo.

Nada más y nada menos. Argullol se ofrece a un diálogo desenmascarado con ese “Cristo”, el enviado divino. Como si de un nuevo evangelio sinóptico se tratara, relata los sucesos que se dicen hizo un tal Jesús de Nazaret. Pero la sinopsis no es, como en los casos de Mateo o Lucas, un mero intento de describir los hechos de la buena nueva de Jesús. La de Argullol es una historia personal, una reconstrucción casi psicoanalítica de las intenciones de ese dios humanizado a partir de una certeza: Cristo lo hizo todo desde un plan. ¿Cuál? ¿Y por qué?

La respuesta se halla en las miserias narcisistas de esa divinidad inmune al tiempo, eterna, que la empujan a descender a su creación. Prisionero de su esencia omnimoda, ajeno a los miedos de los humanos, y por lo tanto también a sus anhelos, envidiaba sus veleidades

(p. 8). Es esta miseria, divina, la que explica el fenómeno del Cristo. Qué más da que sea una fábula, una verdad o el misterio de la creación. Nada eclipsa la estructura de miseria espiritual que late en su historia.

Ajeno a los males que dicho plan comportaba a sus semejantes, el Cristo irrumpe en las vidas de unos humildes y normales transeúntes con el afán de cumplirlo. Sí o sí. Así lo relata Argullol repasando los canónicos momentos de la historia de Jesús de Nazaret, achacando el exceso ególatra del enviado. Es inevitable pensar en Scorsese y su *Última tentación de Cristo*. Sin embargo, Argullol guarda en su retina, y así nos lo evoca, algunas de las muchas obras que dan imagen sensible a ese dios humanizado. Apasionantes y apasionados ejercicios espirituales de tantos espíritus, creyentes, escépticos y hasta irónicos que tanto han influido en el imaginario de todos. Fra Angelico, Grünewald, Velázquez, Carracci o Kramskoi... Todos ellos dan rostro al dios humanizado.

Trazan pasajes donde la pasión del dios que quiso ser hombre se hace más evidente: ese dios sufriente, atravesado por el desconuelo, el dolor y la soledad, traicionado por aquel que tanto le amaba, Judas (p. 31). Pasajes absolutos, irresolubles, pero más fáciles de colorear que otros menos agradecidos. Como las miserias de ese dios colérico y airado porque los que debían velarlo en la noche del Getsemaní se rindieron a su sueño, por ejemplo. O del dios que se transfigura para mostrar su poder. Si acaso hay que rescatar de todas esas imágenes la de Kramskoi, que pintando un Jesús sentado en una roca del desierto, presente a sí mismo, se hace consciente de sus demonios. Es en la tentación de ser “alguien” que Jesús cae en la cuenta, como dice Argullol, de que no es ni una cosa ni otra: ni dios ni humano. Queriendo salir de su trágica soledad e imperturbable letanía, se sitúa en la zona más deshabitada de todas. Las dos esferas que la realidad parece ofrecer son la infinitud de la divinidad y la finitud de la creación. Lejos de acomodarse a una u otra, el Cristo se sitúa en una auténtica zona de nadie.

Quizás por eso su proyecto de salvación se hace tan irrisorio. Al cumplir con su plan, con la misión pre-*vista*, su mirada no puede ser más que de melancolía. De pronto, dice Argullol, se le presenta a ese dios humanizado la realidad más cruda: su soledad no es superable por medio de ningún acto quimérico. Su soledad solamente es reversible a través del amor ausente, que requiere lo único que en el fondo no ha hecho ese Cristo: renuncia a su narcisismo. Así de humano; así de ambiguo. Hubiese debido de cultivar su amistad con sus discípulos, perdonado de verdad a Judas, reconocido a su madre y amado a Magdalena. Eso es la resurrección de la carne. El triunfo de lo humano, de la vida.

Argullol se confiesa no cristiano. No por ningún recelo especial, sino porque lo sagrado no puede encerrarse en ninguna religión. Otra cosa es el poso que la inevitable tradición ha dejado en el sentir de todos nosotros, los “occidentales”. Y tiene toda la razón, porque no hay más violencia metafísica que fiscalizar sobre la verdad y el error, sobre el bien y el mal. Pero no por eso deja de reconocerse fascinado por ese personaje tan monstruoso como conmovedor, que planeó su irrupción en su creación para sentir y, por fin, vivir. Eso tan centrífugo, que en definitiva es el cristianismo.

Pero si el cristianismo se explica como el relato del dios que se hizo hombre, ¿por qué siempre subraya una y otra vez el aspecto más serio de la vida? Nietzsche lo dijo claramente: Dionisio contra el Crucificado. La tragedia del dios cristiano es que siendo el creador de todo lo bello, bueno y festivo, en su transitar temporal parece quedarse con su reverso. Para

limpiar el “pecado” del mundo, se dirá. ¿Pero es que de verdad eso sirve de algo? ¿Cura un médico cuando enferma de la misma afección de su paciente para “salvarlo”? El prurito hacia todo lo festivo y lo dionisiaco de la vida del relato “oficial” de Jesús, el Cristo, es la verdadera tragedia de la religión. Si, como escribe Argullol, la sanación de ese dios muerto, ese Primer Motor onto-teo-lógico, pasa por su humanización, ¿por qué olvidarse entonces de las pasiones más profundas y más elementales del amor y su plasmación física? ¿Será porque eso nos conduce, a todos, también a ese dios, a regiones demasiado inestables y arriesgadas para el “orden” del mundo?

Sea como fuere una cosa está clara: las paradojas del “hijo de dios” son una cosa y su representación dogmática, más acomodada a intereses terrenales que abierta a los misterios de la vida, otra. *Del dicho al hecho hay un trecho*. Y no por eso el personaje deja de fascinar. Los vientos del espíritu soplan donde quieren.

Miquel SEGURÓ

MÈLICH, J.-C.: *Lógica de la crueldad*. Barcelona, Herder Ed., 2014, 264 pp.

Los libros que tratan de filosofía práctica suelen comenzar su itinerario diferenciando entre “moral” y “ética”. Inciden en que la primera remite a *costumbre* y se refiere al sistema de creencias y tradiciones que influyen en las tradiciones culturales. Por el contrario, la dimensión ética tiene que ver con la reflexión crítica, con el *carácter*, de esos constructos y una redimensión de las “verdades” que en ellas se aloja.

Podemos decir que el presente libro de Mèlich, que cierra el bloque temático iniciado con *Filosofía de la finitud* y continuado por *Ética de la compasión*, sigue esta estela y asume de algún modo esta diferencia, radical, como punto de partida. Pero no se conforma con ello. El suyo es un ensayo, una reflexión en voz alta, de la profundidad antropológica a la que esta oposición remite, que busca analizar las implicaciones que tiene para cada uno de nosotros.

El nervio del texto queda claro ya en la primera frase: “*no hay moral sin lógica, no hay lógica sin crueldad*” (p. 11). Más allá de ser una proposición lapidaria y que sin lugar a dudas suena muy bien, condensa perfectamente el sentido del libro. La moral, o el ejercicio de la misma, es algo antropológico, que forma parte de la misma esencia humana. Es inevitable: allá donde hay humanidad, hay moralidad. ¿Por qué? Porque hay una necesidad, humana, de mitigar las incertezas, las aberturas y requiebros de la vida y sus experiencias. Hay una necesidad de controlar, de dominar, de reducir la serpenteante experiencia del flujo temporal. Y eso, para Mèlich, solamente es posible si se hace en base a una “lógica”, a un ordenamiento que establece el bien y el mal.

No hay moral sin lógica, y no hay moral sin crueldad. En efecto, si la moral ordena y establece un sistema, entonces actúa por la fuerza, actúa por el “orden y mando”, no forzosamente violento pero sí efectivo, que dibujan los trazos innegociables de la buena vida. Y aquél que quede fuera de los mismos, o es una anomalía, que como diría Foucault es un elemento que sirve para explicar el propio sistema (el sano requiere del enfermo para sentirse sano, pero lo necesita fuera de su cotidianidad). Incluso puede que en caso extremo sea un elemento a eliminar por constituir el insoportable reverso a la “buena moral”.